



# LA REPRODUCCIÓN DE LA VIDA COTIDIANA

por Fredy Perlman

# **LA REPRODUCCIÓN DE LA VIDA COTIDIANA**

por Fredy Perlman

# LA REPRODUCCIÓN DE LA VIDA COTIDIANA

por Fredy Perlman

La actividad cotidiana práctica de l@s hombres y mujeres tribales reproduce, o perpetúa, una tribu. Esta reproducción no es meramente física, sino también social. A través de sus actividades diarias l@s hombres y mujeres tribales no reproducen tan sólo un grupo de seres humanos; reproducen una tribu, es decir, una forma social particular dentro de la cual este grupo de seres humanos lleva a cabo actividades específicas de una manera específica. Las actividades específicas de l@s hombres y mujeres tribales no son el resultado de las características «naturales» de l@s hombres y mujeres que las llevan a cabo, de la forma en que la producción de miel es un resultado de la «naturaleza» de una abeja. La vida diaria representada y perpetuada por l@s hombres y mujeres tribales es una respuesta social específica a las condiciones materiales e históricas particulares.

La actividad cotidiana de l@s esclav@s reproduce la esclavitud. A través de sus actividades diarias, l@s esclav@s no se reproducen únicamente a sí mism@s y a sus am@s de manera física; también reproducen los instrumentos con los cuales l@s am@s les reprimen, y sus propios hábitos de sumisión a la autoridad de l@s am@s. Para l@s hombres y mujeres que viven en una sociedad esclavista, la relación am@-esclav@ parece una relación natural y eterna. Sin embargo, l@s hombres y mujeres no nacen am@s o esclav@s. La esclavitud es una forma social específica, y l@s hombres y mujeres se someten a ella sólo en condiciones históricas y materiales muy particulares.

La actividad cotidiana práctica de l@s traba-jador@s asalariad@s reproduce el trabajo asalariado y el capital. A través de sus actividades cotidianas, l@s hombres y mujeres «modern@s», al igual que l@s hombres y mujeres tribales y l@s esclav@s, reproducen a l@s habitantes, las relaciones sociales y las ideas de su sociedad; reproducen la forma social de la vida cotidiana. Como la tribu y el sistema esclavista, el sistema capitalista no es ni la forma natural ni la forma final de la sociedad humana; como las formas sociales anteriores, el capitalismo es una respuesta específica a condiciones materiales e históricas.

A diferencia de formas anteriores de actividad social, la vida cotidiana en la sociedad capitalista transforma sistemáticamente las condiciones materiales a las que el capitalismo originariamente respondía. Algunos de los

límites materiales a la actividad humana son gradualmente sometidos al control humano. A un alto nivel de industrialización, la actividad práctica crea sus propias condiciones materiales además de su forma social. Por tanto, el tema de análisis no es sólo cómo la actividad práctica en la sociedad capitalista reproduce la sociedad capitalista, sino también cómo esta actividad en sí misma elimina las condiciones materiales a las que el capitalismo es una respuesta.

## **LA VIDA COTIDIANA EN LA SOCIEDAD CAPITALISTA**

La forma social de las actividades regulares de las personas bajo el capitalismo es una respuesta a una cierta situación material e histórica. Las condiciones materiales e históricas explican el origen de la forma capitalista, pero no explican por qué esta forma continúa después de que la situación inicial haya desaparecido. Un concepto de «retraso cultural» no es una explicación de la continuidad de una forma social después de la desaparición de las condiciones iniciales a las que respondía. Este concepto es simplemente un nombre para la continuidad de la forma social. Cuando el concepto de «retraso cultural» funciona como un nombre para una «fuerza social» que determina la actividad humana, es una ofuscación que presenta el resultado de las actividades de las personas como una fuerza externa más allá de

su control. Esto no sólo es cierto para un concepto como el «retraso cultural.» Muchos de los términos usados por Marx para describir las actividades de la gente han sido elevados al estatus de fuerzas externas e incluso «naturales» que determinan esa actividad; así pues conceptos como «lucha de clases,» «relaciones de producción» y particularmente «La Dialéctica,» desempeñan el mismo rol en las teorías de algun@s «Marxistas» que las que desempeñaban el «Pecado Original,» el «Sino» y «La Mano del Destino» en las teorías de l@s mistificadores medievales.

En el ejercicio de sus actividades cotidianas, los miembros de la sociedad capitalista llevan a cabo simultáneamente dos procesos: reproducen la forma de sus actividades, y eliminan las condiciones materiales a las que esta forma de actividad respondía inicialmente. Pero no saben que llevan a cabo estos procesos; sus propias actividades no son transparentes para ell@s. Están bajo la ilusión de que sus actividades son respuestas a condiciones naturales más allá de su control y no ven que son ell@s mism@s l@s autor@s de esas condiciones. La tarea de la ideología capitalista es mantener el velo que impide a la gente ver que sus propias actividades reproducen la forma de su vida cotidiana; la tarea de la teoría crítica es desvelar las actividades de la vida cotidiana, volverlas transparentes, hacer la reproducción de

la forma social de la actividad capitalista visible en las actividades cotidianas de las personas.

Bajo el capitalismo, la vida cotidiana consiste en actividades relacionadas que reproducen y expanden la forma capitalista de actividad social. La venta de tiempo de trabajo por un precio (un salario), la encarnación de tiempo de trabajo en mercancías (bienes vendibles, tanto tangibles como intangibles), el consumo de mercancías tangibles e intangibles (tales como bienes de consumo y espectáculos); estas actividades que caracterizan la vida cotidiana bajo el capitalismo no son manifestaciones de la «naturaleza humana», ni son impuestas a l@s hombres y mujeres por fuerzas más allá de su control.

Si se sostiene que el hombre es «por naturaleza» un hombre tribal que carece de inventiva y un inventiv@ hombre de negocios, un esclav@ sumis@ y un orgull@s@ artesan@, un independiente cazador y un trabajador asalariad@ dependiente, entonces, o bien la «naturaleza» humana es un concepto vacío, o la «naturaleza» humana depende de condiciones materiales e históricas, y es en efecto una respuesta a esas condiciones.

## **LA ALIENACIÓN DE LA ACTIVIDAD VITAL**

En la sociedad capitalista, la actividad creativa toma la forma de producción de mercancías, es decir producción de bienes vendibles, y los resultados de la actividad

humana toman la forma de mercancías. La comerciabilidad o vendibilidad es la característica universal de toda la actividad práctica y de todos los productos. Los productos de la actividad humana que son necesarios para la supervivencia tienen la forma de bienes vendibles: sólo están disponibles a cambio de dinero. Y el dinero sólo está disponible a cambio de mercancías. Si un gran número de personas aceptan la legitimidad de estas convenciones, si aceptan que las mercancías son un requisito para el dinero, y que el dinero es un requisito para la supervivencia, entonces se encuentran encerrad@s en un círculo vicioso. En el momento en que no tengan mercancías, su única salida de este círculo es considerarse a sí mism@s, o a partes de sí mism@s, como mercancías. Y ésta es, de hecho, la «solución» peculiar que l@s hombres y mujeres se imponen a sí mism@s frente a condiciones históricas y materiales específicas. No intercambian sus cuerpos o partes de sus cuerpos por dinero. Intercambian el contenido creativo de sus vidas, su actividad cotidiana práctica, por dinero.

En cuanto l@s hombres y mujeres aceptan el dinero como un equivalente para la vida, la venta de la actividad vital se convierte en una condición para su supervivencia física y social. La vida se intercambia por supervivencia. La creación y la producción pasan a significar actividad vendida. La actividad de un hombre es «productiva,» útil para la sociedad, sólo cuando es actividad vendida.



Y el propio hombre es un miembro productiv@ de la sociedad sólo si las actividades de su vida cotidiana son actividades vendidas. En cuanto las personas aceptan los términos de este intercambio, la actividad cotidiana toma la forma de prostitución universal.

El poder creativo vendido, o la actividad cotidiana vendida, toman la forma de trabajo. El trabajo es una forma históricamente específica de actividad humana. El trabajo es una actividad abstracta que sólo tiene una propiedad: es comercializable, puede ser vendida por una determinada cantidad de dinero. El trabajo es actividad indiferente: indiferente a la tarea particular desempeñada e indiferente al sujeto particular al que se dirige la tarea. Excavar, imprimir y esculpir son actividades diferentes, pero las tres son trabajo en la sociedad capitalista. El trabajo es simplemente «ganar dinero.» La actividad vital que toma la forma de trabajo es un medio para ganar dinero. La vida se convierte en un medio de supervivencia.

Esta inversión irónica no es el clímax dramático de una imaginativa novela; es un hecho de la vida cotidiana en la sociedad capitalista. La supervivencia, es decir la autopreservación y la reproducción, no es el medio para la actividad práctica creadora, sino precisamente a la inversa. La actividad creadora en forma de trabajo, es decir la actividad vendida, es una necesidad dolorosa

para la supervivencia; el trabajo es el medio para la autopreservación y la reproducción.

La venta de la actividad vital da lugar a otra inversión. Mediante la venta, el trabajo de un individuo pasa a ser la «propiedad» de otro, es apropiada por otro, pasa bajo el control de otro. En otras palabras, la actividad de una persona se convierte en la actividad de otra, la actividad de su propietario; se convierte en ajena a la persona que la desempeña. Por tanto la vida de alguien, los logros de un individuo en el mundo, la diferencia que su vida hace en la vida de la humanidad, no sólo se transforman en trabajo, una dolorosa condición para la supervivencia; se transforman en actividad alienada, actividad desempeñada por el comprador de ese trabajo. En la sociedad capitalista, l@s arquitect@s, l@s ingenier@s, l@s obrer@s, no son constructor@s; el constructor es quien compra su trabajo; sus proyectos, cálculos y resoluciones son ajenos a ell@s; su actividad vital, sus logros, son de este último.

L@s sociólog@s académic@s, que dan por sentada la venta del trabajo, entienden esta alienación del trabajo como un sentimiento: la actividad del trabajador «aparece» ajena al trabajador, «parece» estar controlada por otr@s. Sin embargo, cualquier trabajador puede explicar a l@s sociólog@s académic@s que la alienación no es ni un sentimiento ni una idea en la cabeza del trabajador, sino un hecho real sobre la vida cotidiana del trabajador.

La actividad vendida es en efecto ajena al trabajador; su trabajo está en efecto controlado por su comprador.

A cambio de su actividad vendida, el trabajador recibe dinero, el medio de supervivencia convencionalmente aceptado en la sociedad capitalista. Con este dinero puede comprar mercancías, cosas, pero no puede volver a comprar su actividad. Esto revela una «laguna» peculiar en el dinero como «equivalente universal». Una persona puede vender mercancías por dinero, y puede comprar las mismas mercancías con dinero. Puede vender su actividad por dinero, pero no puede comprar su actividad vital por dinero.

Las cosas que el trabajador compra con su salario son ante todo bienes de consumo que le permiten sobrevivir, para reproducir su fuerza de trabajo a fin de que sea capaz de continuar vendiéndola; y son también espectáculos, objetos para la admiración pasiva. Consume y admira los productos de la actividad humana pasivamente. No existe en el mundo como un agente activo que lo transforma, sino como un espectador impotente; puede llamar «felicidad» a este estado de admiración incapaz, y dado que el trabajo es doloroso, puede desear ser «feliz», es decir inactivo, toda su vida (una condición similar a nacer muerto). Las mercancías, los espectáculos, le consumen; gasta su energía vital en la admiración pasiva; es consumid@ por las cosas. En este sentido, cuanto más tiene, menos es. (Un individuo puede superar esta

muerte-en-vida mediante una actividad creativa marginal; pero el conjunto de la población no puede, excepto aboliendo la forma capitalista de la actividad práctica, aboliendo el trabajo asalariado y por tanto desalienando la actividad creativa.)

## **EL FETICHISMO DE LAS MERCANCÍAS**

Alienando su actividad y plasmándola en mercancías, en receptáculos materiales de trabajo humano, las personas se reproducen a sí mismas y crean Capital. Desde el punto de vista de la ideología capitalista, y particularmente de la Economía académica, esta afirmación es falsa: las mercancías «no son el producto sólo del trabajo»; son producidas por los «factores de producción» primordiales, Tierra, Trabajo y Capital, la Sagrada Trinidad capitalista, y el «factor» principal es obviamente el protagonista de esta obra, el Capital.

El propósito de formular esta Trinidad superficial no es el análisis, ya que no es el análisis para lo que se paga a est@s expert@s. Se les paga para ofuscar, para enmascarar la forma social de la actividad práctica bajo el capitalismo, para encubrir el hecho de que l@s productor@s se reproducen a sí mism@s, a sus explotador@s, así como a los instrumentos con los que son explotad@s. La fórmula de la Trinidad no llega a ser convincente. Es obvio que la tierra no es más productora de mercancías de lo que lo es

el agua, el aire o el sol. Además el Capital, que es a la vez el nombre para una relación social entre trabajador@s y capitalistas, para los instrumentos de producción poseídos por un capitalista, y para el equivalente-dinero de sus instrumentos y bienes «intangibles», no produce nada más que las eyaculaciones plasmadas en forma publicable por l@s Economistas académic@s. Incluso los instrumentos de producción que son el capital de un capitalista son «factores de producción» primordiales sólo si uno limita su visión a una empresa capitalista aislada, ya que una visión del conjunto de la economía revela que el capital de un capitalista es el receptáculo material del trabajo alienado por otro capitalista. Sin embargo, aunque la fórmula de la Trinidad no convenza, logra su tarea de ofuscación desviando lo esencial de la cuestión: en lugar de preguntar por qué la actividad de la gente bajo el capitalismo toma la forma del trabajo asalariado, l@s potenciales analistas de la vida cotidiana capitalista se transforman en Marxistas académic@s que se preguntan si el trabajo es o no el único «factor de producción».

Por tanto la Economía (y la ideología capitalista en general) trata la tierra, el dinero, y los productos del trabajo, como cosas que tienen el poder de producir, de crear valor, de trabajar para sus propietari@s, de transformar el mundo. Esto es lo que Marx llamó el fetichismo que caracteriza las concepciones cotidianas de la gente,

y que se eleva al nivel de dogma por la Economía. Para el economista, las personas vivas son cosas («factores de producción»), y las cosas viven (el dinero «trabaja,» el Capital «produce»). El adorador de fetiches atribuye el producto de su propia actividad a su fetiche. Como resultado, deja de ejercer su propio poder (el poder de transformar la naturaleza, el poder de determinar la forma y el contenido de su vida cotidiana); emplea sólo aquellos «poderes» que atribuye a su fetiche (el «poder» de comprar mercancías). En otras palabras, el adorador de fetiches se castra a sí mismo y atribuye la virilidad a su fetiche.

Pero el fetiche es algo muerto, no un ser vivo; no tiene virilidad. El fetiche no es más que una cosa por la que, y a través de la cual, se mantienen las relaciones capitalistas. El poder misterioso del Capital, su «poder» de producir, su virilidad, no reside en sí mismo, sino en el hecho de que la gente aliena su actividad creativa, de que vende su trabajo a l@s capitalistas, de que materializan o reifican su trabajo alienado en mercancías. En otras palabras, las personas son compradas con los productos de su propia actividad, todavía ven su propia actividad como la actividad del Capital, y a sus propios productos como los productos del Capital. Al atribuir poder creativo al Capital y no a su propia actividad, ceden su actividad vital, su vida cotidiana, al Capital, lo que significa

que las personas se entregan diariamente a la personificación del Capital, el capitalista.

Al vender su trabajo, al alienar su actividad, la gente reproduce cotidianamente las personificaciones de las formas dominantes de actividad bajo el capitalismo, reproducen al trabajador asalariado y al capitalista. No reproducen solamente los individuos de forma física, sino también socialmente; reproducen individuos que son vendedores de la fuerza de trabajo, e individuos que son propietarios de los medios de producción; reproducen a los individuos además de las actividades específicas, la venta además de la propiedad.

Cada vez que las personas llevan a cabo una actividad que no han definido ellas mismas y que no controlan, cada vez que pagan por bienes que han producido con dinero que han recibido a cambio de su actividad alienada, cada vez que admiran pasivamente los productos de su propia actividad como objetos ajenos adquiridos por su dinero, le dan nueva vida al Capital y aniquilan sus propias vidas.

El objetivo del proceso es la reproducción de la relación entre el trabajador y el capitalista. Sin embargo, este no es el objetivo de los agentes individuales que participan en él. Sus actividades no son transparentes para ellos; sus ojos se fijan en el fetiche que se sitúa entre el acto y su resultado. Los agentes individuales mantienen sus ojos fijos en las cosas, precisamente aquellas cosas

para las que están establecidas las relaciones capitalistas. El trabajador como productor pretende intercambiar su trabajo diario por salario-dinero, pretende precisamente aquello a través de lo cual su relación con el capitalista se restablece, aquello a través de lo cual se reproduce a sí mismo como trabajador asalariado y al otro como capitalista. El trabajador como consumidor intercambia su dinero por productos de trabajo, precisamente aquello que el capitalista tiene que vender para materializar su Capital.

La transformación diaria de la actividad vital en Capital está mediada por cosas, pero no la llevan a cabo las cosas. El devoto de los fetiches no sabe esto: para él el trabajo y la tierra, los instrumentos y el dinero, l@s empresari@s y l@s banquer@s, son todos «factores» y «agentes». Cuando un cazador que porta un amuleto abate un ciervo con una piedra, tal vez considere al amuleto un «factor» esencial en haber abatido al ciervo e incluso en proveerle al ciervo como un objeto a abatir. Si es un devoto del fetiche responsable y bien educad@, dedicará atención a su amuleto, preocupándose de él con cuidado y admiración; para mejorar sus condiciones materiales de vida, mejorará el modo en que porta su fetiche, no el modo en que arroja la piedra; en un arrebato, puede incluso enviar a su amuleto a «cazar» por él. Sus propias actividades diarias no son transparentes para él: cuando come bien, no consigue ver que es su propia



acción de lanzar la piedra, y no la acción del amuleto, la que le proporciona su comida; cuando pasa hambre, no consigue ver que es su propia acción de adorar al amuleto en lugar de cazar, y no la cólera de su fetiche, lo que causa su hambre.

El fetichismo de las mercancías y el dinero, la misticación de las propias actividades diarias, la religión de la vida cotidiana que atribuye actividad vital a cosas inanimadas, no es un capricho mental nacido en las imaginaciones de los hombres; tiene su origen en el carácter de las relaciones sociales bajo el capitalismo. L@s human@s de hecho se relacionan un@s con otr@s a través de cosas; el fetiche es en efecto la ocasión por la cual actúan colectivamente, y a través de la cual reproducen su actividad. Pero no es el fetiche el que lleva a cabo la actividad. No es el Capital el que transforma las materias primas, ni es el Capital el que produce bienes. Si la actividad vital no transformase los materiales, éstos permanecerían sin transformar, inertes, materia muerta. Si los hombres no estuvieran dispuestos a continuar vendiendo su actividad vital, se revelaría la impotencia del Capital; el Capital dejaría de existir; su última potencia restante sería el poder de recordar a las personas una forma superada de vida cotidiana caracterizada por la prostitución diaria universal.

El trabajador aliena su vida con el fin de preservar su vida. Si no vendiera su actividad vital no conseguiría

un salario y no podría sobrevivir. Sin embargo, no es el salario lo que hace de la alienación la condición para la supervivencia. Si las personas no estuvieran dispuestas colectivamente a vender sus vidas, si estuvieran dispuestas a tomar el control sobre sus propias actividades, la prostitución universal no sería una condición para la supervivencia. Es la disposición de la gente a continuar vendiendo su trabajo, y no las cosas para las que lo venden, lo que convierte a la alienación de la actividad vital en necesaria para la preservación de la vida.

La actividad vital vendida por el trabajador es comprada por el capitalista. Y es sólo esta actividad vital la que infunde vida en el Capital y lo hace «productivo». El capitalista, un «poseedor» de materias primas e instrumentos de producción, presenta los objetos naturales y los productos del trabajo de otras personas como su propia «propiedad privada». Pero no es el poder misterioso del Capital lo que crea la «propiedad privada» del capitalista; es la actividad vital lo que crea la «propiedad», y la forma de esa actividad es lo que la mantiene «privada.»

## **TRANSFORMACIÓN DE LA ACTIVIDAD VITAL EN CAPITAL**

La transformación de la actividad vital en Capital tiene lugar a través de cosas, diariamente, pero no la llevan a cabo las cosas. Las cosas que son productos de la

actividad humana parecen ser agentes activos porque las actividades y contactos se establecen por y a través de cosas, y porque las actividades de las personas no son transparentes para ell@s; confunden el objeto mediador con la causa.

En el proceso capitalista de producción, el trabajador plasma o materializa su energía vital alienada en un objeto inerte al usar instrumentos que son encarnaciones de la actividad de otras personas. (Los instrumentos industriales sofisticados encarnan la actividad intelectual y manual de incontables generaciones de inventor@s, perfeccionador@s y productor@s de todos los rincones del globo y de diversas formas de sociedad.) Los instrumentos en sí mismos son objetos inertes; son encarnaciones materiales de actividad vital, pero no están vivos. El único agente activo en el proceso de producción es el trabajador. Usa los productos del trabajo de otras personas y les infunde vida, por así decirlo, pero la vida es suya; él no es capaz de resucitar a los individuos que depositaron su actividad vital en su instrumento. El instrumento puede permitirle hacer más durante un determinado periodo de tiempo, y en este sentido puede aumentar su productividad. Pero sólo el trabajo vivo que es capaz de producir puede ser productivo.

Por ejemplo, cuando un trabajador industrial pone a funcionar un torno eléctrico, usa productos del trabajo de generaciones de físic@s, inventor@s, ingenier@s

eléctricos, fabricantes de tornos. Él es obviamente más productivo que un artesano que esculpe el mismo objeto a mano. Pero no tiene sentido afirmar que el «Capital» a disposición del trabajador industrial es más «productivo» que el «Capital» del artesano. Si no se hubieran plasmado en el torno eléctrico generaciones de actividad intelectual y manual, si el trabajador industrial tuviera que inventar el torno, la electricidad, y el torno eléctrico, le llevaría una eternidad torner un solo objeto en un torno eléctrico, y ninguna cantidad de Capital podría elevar su productividad por encima de la del artesano que modela el objeto a mano.

La noción de la «productividad del capital», y particularmente la medición detallada de esa «productividad», son invenciones de la «ciencia» de la Economía, esa religión de la vida cotidiana capitalista que gasta la energía de las personas en la adoración, admiración y halagos del fetiche central de la sociedad capitalista. Los colegas medievales de est@s «científic@s» llevaron a cabo mediciones detalladas de la altura y el peso de los ángeles del Cielo, sin ni siquiera preguntarse si existían los ángeles o el Cielo, y dando por supuesta la existencia de ambos.

El resultado de la actividad vendida del trabajador es un producto que no le pertenece. Este producto es una encarnación de su trabajo, una materialización de una parte de su vida, un receptáculo que contiene su

actividad vital, pero no es suyo; es tan ajeno a él como su trabajo. Él no decidió hacerlo, y cuando está hecho no dispone de él. Si lo quiere, tiene que comprarlo. Lo que ha hecho no es simplemente un producto con ciertas propiedades útiles; para eso no necesitaba vender su trabajo a un capitalista a cambio de un salario; sólo necesitaría haber escogido los materiales necesarios y las herramientas disponibles, sólo necesitaría haber dado forma a los materiales guiado por sus objetivos y limitado por su conocimiento y habilidad. (Es obvio que un individuo sólo puede hacer esto de forma marginal; la apropiación y el uso por parte de los hombres de los materiales y herramientas disponibles sólo puede tener lugar después del derrumbamiento de la forma capitalista de actividad.) Lo que el trabajador produce bajo las condiciones capitalistas es un producto con una propiedad muy específica, la propiedad de poder ser vendido. Lo que su actividad alienada produce es una mercancía.

Dado que la producción capitalista es producción de mercancía, la afirmación de que la meta del proceso es la satisfacción de las necesidades humanas es falsa; es una racionalización y una excusa. La «satisfacción de las necesidades humanas» no es la meta del capitalista o del trabajador ocupado en la producción, ni es un resultado del proceso. El trabajador vende su trabajo con el fin de obtener un salario; el contenido específico del trabajo es indiferente para él; no aliena su trabajo a un capitalista

que no le proporcione un salario a cambio, independientemente de cuántas necesidades humanas puedan satisfacer los productos de este capitalista. El capitalista compra trabajo y lo emplea en la producción con el fin de dar lugar a mercancías que se puedan vender. Es indiferente a las propiedades específicas del producto, igual que es indiferente a las necesidades de las personas; todo lo que le interesa del producto es por cuánto lo venderá, y todo lo que le interesa de las necesidades de las personas es cuándo «necesitan» comprar y cómo se les puede forzar, a través de la propaganda y el condicionamiento psicológico, a «necesitar» más. La meta del capitalista es satisfacer su necesidad de reproducir y ampliar el Capital, y el resultado del proceso es la reproducción aumentada del trabajo asalariado y el Capital (que no son «necesidades humanas»).

La mercancía producida por el trabajador es intercambiada por el capitalista por una cantidad específica de dinero; la mercancía es un valor que se intercambia por un valor equivalente. En otras palabras, el trabajo pasado y presente, materializado en el producto, puede existir en dos formas distintas aunque equivalentes: en mercancías y en dinero, o en lo que es común para ambas, valor. Esto no significa que el valor sea trabajo. El valor es la forma social del trabajo reificado (cosificado) en la sociedad capitalista.

Bajo el capitalismo, las relaciones sociales no se establecen directamente; se establecen a través del valor. La actividad cotidiana no se intercambia directamente; se intercambia en forma de valor. Consecuentemente, lo que le sucede a la actividad vital bajo el capitalismo no se puede descubrir observando la propia actividad, sino sólo siguiendo la metamorfosis del valor.

Cuando la actividad vital de las personas toma la forma de trabajo (actividad alienada), adquiere la propiedad de la intercambiabilidad; adquiere la forma de valor. En otras palabras, se puede intercambiar por una cantidad «equivalente» de dinero (salarios). La alineación deliberada de la actividad vital, que se percibe por los miembros de la sociedad capitalista como necesaria para la supervivencia, reproduce en sí misma la forma capitalista dentro de la cual la alineación es necesaria para la supervivencia. Debido a que la actividad vital tiene la forma de valor, los productos de esa actividad deben tener también la forma de valor: deben ser intercambiables por dinero. Esto es obvio dado que, si los productos del trabajo no tomaran la forma de valor, sino por ejemplo la forma de objetos útiles a disposición de la sociedad, o bien se quedarían en la fábrica o se tomarían libremente por los miembros de la sociedad cuando hicieran falta; en cualquiera de los casos, los salarios-dinero recibidos por l@s trabajador@s no tendrían valor, y la actividad vital no se podría vender por una cantidad

«equivalente» de dinero; la actividad vital no podría estar alienada. Por consiguiente, en cuanto la actividad vital toma la forma de valor, los productos de esa actividad toman la forma de valor, y la reproducción de la vida cotidiana tiene lugar mediante cambios o metamorfosis del valor.

El capitalista vende los productos del trabajo en un mercado; los intercambia por una suma de dinero equivalente; produce un valor determinado. La magnitud específica de este valor en un mercado particular es el precio de las mercancías. Para el Economista académico, el Precio es la llave de San Pedro para las puertas del Cielo. Como el propio Capital, el Precio se mueve dentro de un mundo maravilloso que consiste por completo en objetos; los objetos tienen relaciones humanas unos con otros, y están vivos; se transforman unos a otros, se comunican unos con otros; se casan y tienen hij@s. Y por supuesto es sólo mediante la gracia de estos objetos inteligentes, poderosos y creativos que la gente puede ser feliz en la sociedad capitalista.

En las representaciones pictóricas que hacen los Economistas de los trabajos del cielo, los ángeles lo hacen todo y las personas no hacen nada en absoluto; las personas simplemente disfrutan de lo que estos seres superiores hacen por ellas. No sólo el Capital produce y el dinero trabaja; otros seres misteriosos tienen virtudes similares. De este modo la Oferta, una cantidad de cosas



que se venden, y la Demanda, una cantidad de cosas que se compran, determinan juntas el Precio, una cantidad de dinero; cuando la Oferta y la Demanda se casan en un punto particular del diagrama, dan a luz al Precio de Equilibrio, que corresponde a un estado universal de dicha. Las actividades de la vida cotidiana son llevadas a cabo por las cosas, y las personas se reducen a cosas («factores de producción») durante sus horas «productivas», y a espectadores pasivos durante su «tiempo de ocio». La virtud del Científico Económico consiste en su habilidad para atribuir el resultado de las actividades cotidianas de la gente a las cosas, y en su incapacidad para ver la actividad vital de las personas por debajo de las peculiaridades de las cosas. Para el Economista, las cosas mediante las cuales se regula la actividad de la gente bajo el capitalismo son ellas mismas las madres y l@s hij@s, las causas y las consecuencias de su propia actividad.

La magnitud del valor, es decir el precio de una mercancía, la cantidad de dinero por la que se intercambia, no está determinada por las cosas, sino por las actividades cotidianas de la gente. La oferta y la demanda, competición perfecta e imperfecta, no son más que formas sociales de los productos y actividades en la sociedad capitalista; no tienen vida propia. El hecho de que la actividad esté alienada, es decir, que el tiempo de trabajo se venda por una suma específica de dinero, que tenga un cierto valor, tiene diversas consecuencias para la magni-

tud del valor de los productos de ese trabajo. El valor de las mercancías vendidas debe ser al menos igual al valor del tiempo de trabajo. Esto es obvio tanto desde el punto de vista de la empresa capitalista individual, como desde el punto de vista de la sociedad en su conjunto. Si el valor de las mercancías vendidas por el capitalista individual fuera menor que el valor del trabajo que contrató, entonces solamente sus gastos de trabajo ya serían mayores que sus ganancias, e iría rápidamente a la bancarrota. Socialmente, si el valor de la producción de l@s trabajador@s fuera menor que el valor de su consumo, entonces la fuerza de trabajo no podría reproducirse a sí misma, ni mucho menos a una clase de capitalistas. Sin embargo, si el valor de las mercancías fuera simplemente igual al valor del tiempo de trabajo gastado en ellas, l@s productor@s de mercancías solamente se reproducirían a sí mism@s, y su sociedad no sería una sociedad capitalista; su actividad podría aún consistir en la producción de mercancías, pero no sería la producción capitalista de mercancías.

Para que el trabajo cree Capital, el valor de los productos del trabajo debe ser mayor que el valor del trabajo. En otras palabras, la fuerza de trabajo debe producir un producto excedente, una cantidad de bienes que no consume, y este producto excedente debe ser transformado en plusvalía (valor excedente), una forma de valor de la que no se apropian l@s trabajador@s como salarios, sino

l@s capitalistas como beneficio. Además, el valor de los productos del trabajo debe ser aún mayor, dado que el trabajo vivo no es el único tipo de trabajo materializado en ellos. En el proceso de producción, l@s trabajador@s gastan su propia energía, pero también usan el trabajo acumulado de otr@s como instrumentos, y dan forma a materiales en los que se utilizó previamente trabajo.

Esto lleva al extraño resultado de que el valor de los productos de l@s trabajador@s y el valor de su salario son magnitudes diferentes, es decir que la suma de dinero recibida por el capitalista cuando vende las mercancías producidas por sus trabajador@s contratad@s es diferente de la suma que paga a l@s trabajador@s. Esta diferencia no se explica por el hecho de que hay que pagar por las herramientas y materiales usados. Si el valor de las mercancías vendidas fuera igual al valor del trabajo vivo y los instrumentos, seguiría sin haber espacio para los capitalistas. Lo cierto es que la diferencia entre las dos magnitudes debe ser lo suficientemente grande como para mantener a una clase compuesta de capitalistas; no sólo a los individuos, sino también la actividad específica de la que esos individuos se ocupan, es decir la compra de trabajo. La diferencia entre el valor total de los productos y el valor del trabajo empleado en su producción es la plusvalía, la semilla del Capital.

Para localizar el origen de la plusvalía, es necesario examinar por qué el valor del trabajo es menor que el

valor de las mercancías producidas por éste. La actividad alienada del trabajador transforma los materiales con la ayuda de instrumentos, y produce una cierta cantidad de mercancías. Sin embargo, cuando estas mercancías se han vendido y se ha pagado por los materiales e instrumentos utilizados, a l@s trabajador@s no se les da el valor que queda de sus productos en forma de salarios; se les da menos. En otras palabras, durante cada día laboral, l@s trabajador@s desempeñan una cierta cantidad de trabajo impagado, trabajo forzado, por el cual no reciben un equivalente.

El ejercicio de este trabajo impagado, este trabajo forzado, es otra «condición para la supervivencia» en la sociedad capitalista. Sin embargo, como la alienación, esta condición no está impuesta por la naturaleza, sino por la práctica colectiva de las personas, por sus actividades cotidianas. Antes de la existencia de los sindicatos, un trabajador individual aceptaba cualquier trabajo forzado que estuviera disponible, dado que el rechazo del trabajo habría significado que otr@s trabajador@s aceptaran los términos disponibles del intercambio, y el trabajador individual no recibiera ningún salario. L@s trabajador@s competían un@s con otr@s por los salarios ofrecidos por l@s capitalistas; si un trabajador abandonaba porque el salario era inaceptablemente bajo, un trabajador parado estaba dispuesto a reemplazarle, dado que para el parado un pequeño salario era más alto que ningún salario en

absoluto. Esta competición entre trabajador@s era llamada «trabajo libre» por los capitalistas, que hacían grandes sacrificios para mantener la libertad de l@s trabajador@s, dado que era precisamente esta libertad lo que preservaba la plusvalía del capitalista y le hacía posible acumular Capital. No era el objetivo de ningún trabajador producir más bienes que aquellos por los que se le pagaba. Su objetivo era conseguir un salario tan grande como fuera posible. Sin embargo, la existencia de trabajador@s que no recibían ningún salario, y cuya concepción de un salario grande era por tanto más modesta que la de un trabajador empleado, hacía posible para el capitalista contratar el trabajo a un salario menor. De hecho, la existencia de trabajador@s desemplead@s hacía posible para el capitalista pagar el salario más bajo por el que l@s trabajador@s estaban dispuest@s a trabajar. De modo que el resultado de la actividad colectiva diaria de l@s trabajador@s, cada un@ esforzándose individualmente por conseguir el mayor salario posible, era disminuir los salarios de tod@s; el efecto de la competición de cada un@ contra tod@s fue que tod@s recibían el mínimo salario posible, y el capitalista conseguía la mayor plusvalía posible.

La práctica diaria de tod@s invalida los objetivos de cada un@. Pero l@s trabajador@s no sabían que su situación era un producto de su propio comportamiento diario; sus propias actividades no eran transparentes para

ell@s. A l@s trabajador@s les parecía que lo bajos salarios eran simplemente una parte natural de la vida, como la enfermedad y la muerte, y que la bajada de los salarios era una catástrofe natural, como una inundación o un invierno duro. Las críticas de l@s socialistas y los análisis de Marx, además de un incremento en el desarrollo industrial que permitió más tiempo para la reflexión, arrancaron algunos de los velos e hicieron posible para l@s trabajadores ver a través de sus actividades con cierto alcance. Sin embargo, en Europa Occidental y los Estados Unidos, l@s trabajador@s no se deshicieron de la forma capitalista de vida cotidiana; formaron sindicatos. Y en condiciones materiales diferentes, en la Unión Soviética y Europa Oriental, l@s trabajador@s (y campesin@s) reemplazaron a la clase capitalista por una burocracia estatal que adquiere trabajo alienado y acumula Capital en nombre de Marx.

Con los sindicatos, la vida cotidiana es similar a lo que era antes de los sindicatos. De hecho, es casi lo mismo. La vida diaria continúa consistiendo en trabajo, en actividad alienada, y en trabajo impagado, o trabajo forzado. El trabajador sindicado ya no establece los términos de su alineación; l@s funcionari@s sindicales hacen esto por él. Los términos en los que la actividad del trabajador es alienada ya no están guiados por la necesidad individual del trabajador de aceptar lo que está disponible; ahora están guiados por la necesidad de

l@s burócratas sindicales de mantener su posición como intermediari@s entre l@s vendedor@s del trabajo y l@s comprador@s.

Con o sin sindicatos, la plusvalía no es ni un producto de la naturaleza ni del Capital; se crea por las actividades cotidianas de las personas. En el ejercicio de sus actividades cotidianas, las personas no sólo están dispuestas a alienar estas actividades, están también dispuestas a reproducir las condiciones que les obligan a alienar sus actividades, a reproducir Capital y por tanto el poder del Capital para comprar trabajo. Esto no es porque no sepan «cuál es la alternativa.» Una persona que está incapacitada por indigestión crónica porque come demasiada grasa no continúa comiendo grasa porque no sepa qué alternativa hay. O bien prefiere estar incapacitad@ antes que abandonar la grasa, o es que no tiene claro que su consumo diario de grasa causa su incapacidad. Y si su doctor, el sacerdote, el profesor y el político le dicen, primero, que la grasa es lo que le mantiene viv@, y segundo, que ell@s ya hacen por él todo lo que él haría si estuviera bien, no es sorprendente entonces que su actividad no sea transparente para él y no haga ningún gran esfuerzo por hacerla transparente.

La producción de plusvalía es una condición para la supervivencia, no para la población, sino para el sistema capitalista. La plusvalía es la parte del valor de las mercancías producidas por el trabajo que no regresa a l@s

trabajador@s. Se puede expresar o en mercancías o en dinero (al igual que el Capital se puede expresar o como una cantidad de cosas o de dinero), pero esto no altera el hecho de que es una expresión del trabajo materializado que se acumula en una cantidad determinada de productos. Dado que los productos se pueden intercambiar por una cantidad «equivalente» de dinero, el dinero «significa», o representa, el mismo valor que los productos. El dinero puede, sucesivamente, ser intercambiado por otra cantidad de productos de valor «equivalente». El conjunto de estos intercambios, que tienen lugar simultáneamente durante el desempeño de la vida diaria capitalista, constituye el proceso capitalista de circulación. Es mediante este proceso como tiene lugar la metamorfosis de plusvalía en Capital.

La porción de valor que no regresa al trabajador, es decir la plusvalía, permite existir al capitalista, y le permite también hacer mucho más que tan solo existir. El capitalista invierte una porción de esta plusvalía; contrata nuev@s trabajador@s y compra nuevos medios de producción; expande su dominio. Lo que esto significa es que el capitalista acumula nuevo trabajo, tanto en forma de trabajo vivo que contrata como en el trabajo pasado (pagado e impagado) que se acumula en los materiales y máquinas que compra.

La clase capitalista como conjunto acumula el trabajo excedente de la sociedad, pero este proceso tiene



lugar a una escala social y por lo tanto no se puede ver si se observan sólo las actividades de un capitalista individual. Se debe recordar que los productos comprados por un determinado capitalista como instrumentos tienen las mismas características que los productos que vende. Un primer capitalista vende instrumentos a un segundo capitalista por una cantidad determinada de valor, y sólo una parte de este valor regresa a l@s trabajador@s como salarios; la parte restante es la plusvalía, con la cual el primer capitalista compra nuevos instrumentos y trabajo. El segundo capitalista compra los instrumentos por el valor determinado, lo que significa que paga por la cantidad total de trabajo prestado al primer capitalista, la cantidad de trabajo remunerada además de la cantidad desempeñada sin coste. Esto significa que los instrumentos acumulados por el segundo capitalista contienen el trabajo impagado desempeñado por el primero. El segundo capitalista, a cambio, vende sus productos por un valor determinado, y devuelve solo una porción de este valor a sus trabajador@s; usa el resto para nuevos instrumentos y trabajo.

Si el conjunto del proceso fuera comprimido en un único periodo de tiempo, y si tod@s l@s capitalistas se sumaran en un@, se podría ver que el valor con el que el capitalista adquiere nuevos instrumentos y trabajo es igual al valor de los productos que no devolvió a los productores. Este trabajo excedente acumulado es Capital.

En términos de la sociedad capitalista en su conjunto, el Capital total es igual a la suma de trabajo impagado desempeñado por generaciones de seres humanos cuyas vidas consistieron en la alienación diaria de su actividad vital. En otras palabras, el Capital, frente al cual los hombres venden sus días de vida, es el producto de la actividad vendida de los hombres, y se reproduce y expande cada día que una persona vende otro día de trabajo, cada momento que decide continuar viviendo la forma capitalista de vida cotidiana.

## **ALMACENAMIENTO Y ACUMULACIÓN DE ACTIVIDAD HUMANA**

La transformación de trabajo excedente en Capital es una forma histórica específica de un proceso más general, el proceso de industrialización, la transformación permanente del medio ambiente natural del hombre.

Ciertas características esenciales de esta consecuencia de la actividad humana bajo el capitalismo se pueden comprender por medio de un ilustración simplificada. En una sociedad imaginaria, la gente pasa la mayor parte de su tiempo activo produciendo comida y otras necesidades; sólo parte de su tiempo es «tiempo sobrante» en el sentido de que está exento de la producción de necesidades. Esta actividad excedente se puede dedicar a la producción de comida para sacerdotes y guerrer@s que

no producen por sí mism@s; se puede usar para producir bienes que se quemen en ocasiones sagradas; se puede usar en la realización de ceremonias o ejercicios gimnásticos. En cualquiera de estos casos, las condiciones materiales de estas personas no es probable que cambien, de una generación a otra, como resultado de sus actividades diarias. Sin embargo, una generación de personas de esta sociedad imaginaria puede acumular su tiempo sobrante en lugar de usarlo. Por ejemplo, pueden gastar su tiempo sobrante enrollando muelles. La siguiente generación puede desenrollar la energía acumulada en los muelles para desempeñar tareas necesarias, o puede usar simplemente la energía de los muelles para enrollar nuevos muelles. En cualquier caso, el trabajo excedente acumulado de la primera generación puede proporcionar a la nueva generación una mayor cantidad de tiempo de trabajo excedente. La nueva generación puede también acumular este excedente en muelles y en otros recipientes. En un periodo relativamente corto, el trabajo acumulado en los muelles excederá al tiempo de trabajo disponible de cualquier generación; con el gasto de relativamente poca energía, la gente de esta sociedad imaginaria será capaz de aprovechar los muelles para la mayoría de sus tareas necesarias, y también para la tarea de enrollar nuevos muelles para las generaciones venideras. La mayoría de las horas que dedicaban anteriormente a producir necesidades estarán ahora disponibles

para actividades que no estén dictadas por la necesidad sino proyectadas por la imaginación.

A primera vista parece improbable que la gente dedique sus horas a la extraña tarea de enrollar muelles. Parece igual de improbable, incluso si enrollaran los muelles, que los acumulen para generaciones futuras, dado que el desenrolle de los muelles podría proporcionar, por ejemplo, un maravilloso espectáculo para los días festivos.

Sin embargo, si las personas no dispusieran de sus propias vidas, si su actividad de trabajo no fuera suya, si su actividad práctica consistiera en trabajo forzado, entonces la actividad humana bien podría ser empleada en la tarea de enrollar muelles, la tarea de acumular tiempo de trabajo excedente en receptáculos materiales. El papel histórico del Capitalismo, un papel que se ha desempeñado por personas que aceptaban la legitimidad de otras para disponer de sus vidas, ha consistido precisamente en acumular actividad humana en receptáculos materiales por medio del trabajo forzado.

En cuanto las personas se someten al «poder» del dinero para comprar trabajo acumulado además de actividad vital, en cuanto aceptan el «derecho» ficticio de los poseedores de dinero para controlar y disponer de la actividad tanto viva como acumulada de la sociedad, transforman el dinero en Capital y a l@s propietari@s del dinero en Capitalistas.

Esta doble alienación, la alienación de la actividad vital en forma de trabajo asalariado, y la alienación de la actividad de generaciones pasadas en forma de trabajo acumulado (medios de producción), no es un único acto que tuviera lugar en algún momento de la Historia. La relación entre trabajador@s y capitalistas no es algo que se impuso en la sociedad en algún punto del pasado, de una vez y por todas. En ningún momento los hombres firmaron un contrato, o ni siquiera llegaron a un acuerdo verbal, en el que renunciaran al poder sobre su actividad vital, y en el que renunciaran al poder sobre la actividad vital de todas las generaciones futuras en todas las partes del globo.

El Capital lleva la máscara de una fuerza natural; parece tan sólido como la misma Tierra; sus movimientos aparecen tan irreversibles como las mareas; sus crisis parecen tan inevitables como los terremotos y las inundaciones. Incluso cuando se admite que el poder del capital es creado por l@s human@s, este reconocimiento puede ser simplemente la ocasión para la invención de una máscara aún más imponente, la máscara de una fuerza hecha por human@s, un monstruo de Frankenstein, cuyo poder inspira más temor que el de cualquier fuerza natural.

Sin embargo, el Capital no es ni una fuerza natural ni un monstruo creado por l@s human@s en algún momento del pasado y que ha dominado la vida humana

desde entonces. El poder del Capital no reside en el dinero, dado que el dinero es una convención social que no tiene más «poder» que el que las personas estén dispuestas a concederle; cuando las personas rechazan vender su trabajo, el dinero no puede desempeñar ni siquiera las tareas más simples, porque el dinero no «trabaja».

Ni tampoco el poder del Capital reside en los receptáculos materiales en los que está acumulado el trabajo de generaciones pasadas, dado que la energía potencial acumulada en estos receptáculos se puede liberar por la actividad de las personas vivas, sean o no los receptáculos Capital, es decir propiedad alienada. Sin la actividad viva, la colección de objetos que constituyen el Capital de la sociedad serían simplemente un montón disperso de diversos artefactos sin vida propia, y los «propietarios» del Capital serían simplemente una mezcla dispersa de personas sin ninguna creatividad particular que se rodean de trozos de papel en un vano intento de resucitar las memorias de un pasado grandioso. El único «poder» del Capital reside en las actividades cotidianas de la gente viva; este «poder» consiste en la disposición de las personas a vender sus actividades cotidianas a cambio de dinero, y renunciar al control sobre los productos de su propia actividad y de la actividad de generaciones anteriores.

En cuanto una persona vende su trabajo a un capitalista y acepta sólo una parte de su producto como pago

por ese trabajo, crea las condiciones para la compra y explotación de otras personas. Ninguna persona daría voluntariamente su brazo o su hij@ a cambio de dinero; sin embargo cuando una persona vende deliberada y conscientemente su vida laboral con el fin de adquirir lo necesario para vivir, no sólo reproduce las condiciones que continúan haciendo de la venta de su vida una necesidad para su preservación; también crea condiciones que hacen de la venta de la vida una necesidad para otras personas. Generaciones posteriores pueden, por supuesto, rechazar vender sus periodos de vida laborales por la misma razón que rechazarían vender su brazo; sin embargo cada fracaso al rechazar el trabajo forzado y alienado aumenta la reserva de trabajo acumulado con el que el Capital puede comprar periodos de la vida laborales.

Para transformar el trabajo excedente en Capital, el capitalista tiene que encontrar un modo de acumularlo en receptáculos materiales, en nuevos medios de producción, y debe contratar a nuev@s trabajador@s para activar los nuevos medios de producción. En otras palabras, debe ampliar su empresa, o empezar una nueva empresa en una rama diferente de la producción. Esto presupone o requiere la existencia de materiales que se puedan transformar en nuevas mercancías vendibles, la existencia de comprador@s de los nuevos productos, y la existencia de gente que sea lo suficientemente pobre

para estar dispuesta a vender su trabajo. Estos requisitos se crean por la actividad capitalista, y l@s capitalistas no reconocen límites ni obstáculos a su actividad; la democracia del capital requiere libertad absoluta. El Imperialismo no es simplemente la «última etapa» del Capitalismo; es también la primera.

Cualquier cosa que se pueda transformar en un bien comercializable es útil para el Capital, ya se encuentre en la tierra del capitalista o en la del vecino, ya se encuentre sobre tierra o debajo, flote en el mar o se arrastre sobre el suelo; se halle en otros continentes u otros planetas. Todas las exploraciones de la naturaleza por parte de la humanidad, desde la Alquimia hasta la Física, se han movilizad@ para buscar nuevos materiales en los que acumular trabajo, para encontrar nuevos objetos que alguien pueda ser convencido a comprar.

Se crean comprador@s de viejos y nuevos productos por todos los medios posibles, y se descubren constantemente nuevos medios. Se establecen «mercados abiertos» y «puertas abiertas» por la fuerza y el fraude. Si las personas carecen de los medios para comprar los productos de los capitalistas, son contratad@s por l@s capitalistas y se les paga para producir los bienes que desean comprar; si l@s artesan@s locales ya producen lo que l@s capitalistas tienen para vender, se les arruina o se les compra; si las leyes o tradiciones prohíben el uso de ciertos productos, se destruyen las leyes y las tradicio-



nes; si las personas carecen de los objetos en los que usar los productos de l@s capitalistas, se les convence para comprar estos objetos; si las personas ya tienen cubiertas sus necesidades físicas o biológicas, entonces l@s capitalistas «satisfacen» sus «necesidades espirituales» y contratan a psicólog@s para crearlas; si las personas están tan saciadas con los productos de l@s capitalistas que no puedan seguir usando nuevos objetos, se les convence para comprar objetos y espectáculos que no tengan más uso que ser simplemente observados y admirados.

Se encuentra gente pobre en las sociedades preagrarias y agrarias de todos los continentes; si no son lo suficientemente pobres como para querer vender su trabajo cuando llegan l@s capitalistas, se les empobrece mediante las actividades de l@s propi@s capitalist@s. Las tierras de cazador@s se convierten gradualmente en la «propiedad privada» de «propietari@s» que usan la violencia estatal para restringir a l@s cazador@s a «reservas» que no contienen suficiente comida para mantenerl@s. Las herramientas de l@s campesin@s pasan a estar gradualmente disponibles sólo en el mismo comerciante que generosamente les deja el dinero con el que comprar las herramientas, hasta que las «deudas» de l@s campesin@s son tan grandes que se ven forzad@s a vender tierra que ni ell@s ni ningun@ de sus antepasad@s han comprado nunca. Los compradores de los productos de l@s artesan@s se ven gradualmente reducidos a

los mercaderes que comercian los productos, hasta que llega el día en que un mercader decide albergar a «sus artesan@s» bajo el mismo techo, y les proporciona los instrumentos que les permitan concentrar su actividad en la producción de los artículos más rentables. Cazadores tanto independientes como dependientes, campesin@s y artesan@s, hombres libres y esclav@s, todos se transforman en trabajador@s contratad@s. Aquell@s que previamente disponían de sus propias vidas frente a las duras condiciones materiales dejan de disponer de sus vidas precisamente cuando se ocupan de la tarea de modificar sus condiciones materiales; aquell@s que eran previamente creadores conscientes de su propia existencia exigua se convierten en víctimas inconscientes de su propia actividad incluso mientras están aboliendo la exigüedad de su existencia. Personas que eran mucho pero tenían poco ahora tienen mucho pero son poco.

La producción de nuevas mercancías, la «apertura» de nuevos mercados, la creación de nuev@s trabajador@s, no son tres actividades separadas; son tres aspectos de la misma actividad. Una nueva fuerza de trabajo se crea precisamente con el fin de producir nuevas mercancías; los salarios recibidos por est@s trabajador@s son en sí mismos el nuevo mercado; su trabajo impagado es la fuente de nuevas expansiones. Ni barreras naturales ni culturales detienen la extensión del Capital, la transformación de la actividad cotidiana de las perso-

nas en trabajo alienado, la transformación de su trabajo excedente en la «propiedad privada» de l@s capitalistas. Sin embargo, el Capital no es una fuerza natural; es un conjunto de actividades desempeñadas por las personas cada día; es una forma de vida cotidiana; su existencia y expansión continuadas presupone sólo una condición esencial: la disposición de las personas a continuar alienando sus vidas en el trabajo y reproducir así la forma capitalista de vida cotidiana.

*Kalamazoo, 1969*



## ¿Quién fue Fredy Perlman?

Fredy Perlman nació en Brno, Checoslovaquia, el 20 de Agosto de 1934. Emigró con sus padres a Cochabamba, Bolivia, en 1938 justo después de la toma del poder por parte de los Nazis. La familia Perlman llegó a los Estados Unidos en 1945 y vivieron en diversos lugares como Mobile, Alabama, Brooklyn, y Queens, antes de asentarse en Lakeside Park, Kentucky, un barrio residencial de Cincinnati, Ohio donde Fredy se graduó en el instituto.

En 1952 asistió a la Universidad Estatal Morehead en Kentucky, y posteriormente a la Universidad de California de 1953 a 1955. Fredy estaba en la plantilla de *The Daily Bruin*, el periódico universitario, cuando la reaccionaria administración universitaria despidió a todos los editores de la publicación. Los cinco editores, incluyendo a Fredy, pasaron a publicar un periódico independiente que distribuían en el campus.

De 1956 a 1959 asistió a la Universidad de Columbia donde conoció a la que sería su compañera de por vida, Lorraine Nybakken. Inicialmente se matriculó como estudiante de Literatura Inglesa pero pronto concentró sus esfuerzos en la filosofía, la ciencia política y la literatura Europea. Un profesor particularmente influyente para él en ese periodo fue C. Wright Mills.

De 1959 a 1963, él y Lorraine vivieron en la parte baja oriental de Manhattan mientras Fredy trabajaba sobre un análisis estadístico de los recursos mundiales con John Ricklefs. Participaron en actividades anti-nucleares y pacifistas con el Living Theater<sup>1</sup> y otros grupos. Fredy fue detenido después de una concentración en Times Square en el otoño de 1961. Pasó a ser el impresor para el Living Theater y durante ese tiempo escribió *The New Freedom* [*La nueva libertad*], *Corporate Capitalism* [*Capitalismo corporativo*] y una obra, *Plunder* [*Saqueo*], que publicó él mismo.

En enero de 1963, Fredy y Lorraine embarcaron hacia Europa en un carguero Sueco en lo que consideraban un traslado definitivo. En Septiembre de ese año llegaron a Belgrado, Yugoslavia, después de vivir algunos meses en Copenhage y París. En Junio se interesó por estudiar en Checoslovaquia, pero su país de nacimiento encontró su solicitud sospechosa.

De 1963 a 1966 Fredy estudió en la Facultad de Economía de la Universidad de Belgrado donde obtuvo una licenciatura superior. Su tesis se titulaba «La Estructura del Subdesarrollo». Obtuvo su doctorado en la facultad de Derecho; su tesina se titulaba «Condiciones para el Desarrollo de una Región Subdesarrollada», que causó indignación entre algunos miembros de la facultad. Durante su último año en Yugoslavia, fue miembro del Instituto de Planificación para Kosovo y Metohija.

De 1966 a 1969 Fredy y Lorraine vivieron en Kalamazoo, Michigan, donde Fredy fue profesor en el Departamento de Economía en la Universidad de Michigan Occidental. La mayoría de sus clases se enmarcaban en cursos introductorios a las ciencias sociales y de nuevo provocó la indignación de algunos miembros de la facultad cuando comenzó a dejar que los estudiantes gestionaran las clases y dejó a los estudiantes que se evaluaran ellos mismos. Durante su primer año en Kalamazoo, él y Milos Samardzija, uno de sus profesores de Belgrado, tradujeron el *Ensayo sobre la Teoría del Valor* de Marx, de I.I. Rubin's. Fredy escribió una introducción al libro: «Un ensayo sobre el Fetichismo de las Mercancías».

En Mayo de 1968, después de dar clases durante dos semanas en Turin, Italia, Fredy fue a París en el último tren antes de que se cerrara el tráfico ferroviario por las huelgas. Participó en los excitantes Días de Mayo de París y trabajó en el centro Censier con el comité de fábrica de Citroen. Después de volver a Kalamazoo en Agosto, colaboró con Roger Gregoire en escribir *Worker-Student Action Committees, May '68* [*Comités de Acción de Estudiantes y Trabajadores, mayo de 68*].

Durante su último año en Kalamazoo, Fredy abandonó la universidad y junto con un grupo de gente inauguraron la publicación *Black and Red* [*Rojo y Negro*] de la que aparecieron seis números. La composición se hacía en la casa de Fredy y Lorraine y la impresión en el Radical Education Project en Ann Arbor. En Enero de 1969 completó *The Reproduction of Daily Life* [*La reproducción de la vida cotidiana*]. Mientras viajaba por Europa en la primavera de 1969 pasó varias semanas en Yugoslavia, y ahí escribió *Revolt in Socialist Yugoslavia* [*Revolución en la Yugoslavia socialista*], que las autoridades trataron de presentar como un complot de la CIA.

En Agosto de 1969 él y Lorraine se mudaron a Detroit donde escribió *The Incoherence of the Intellectual* [*La incoherencia del intelectual*] y junto con otros tradujo *La Sociedad del Espectáculo* de Guy Debord.

En 1970 Fredy formó parte de un grupo grande de personas que iniciaron la Cooperativa de Impresión de Detroit, con material que trajeron de Chicago y aprendieron a manejar. En la siguiente década, las publicaciones de Black & Red se imprimieron ahí junto con un número incontable de otros proyectos, desde folletos hasta periódicos y libros.

Entre 1971 y 1976, trabajó junto con otros en diversos libros, algunos propios y otros traducciones, incluyendo *Manual for Revolutionary Leaders* [*Manual para líderes revolucionarios*], *Letters of Insurgents* [*Cartas a insurgentes*], *la Historia del Movimiento Makhnovista* de Arhsinov, *La Revolución Desconocida* de Volin, y *El Deambular de la Humanidad* de Camatte. Durante los mismos años, Fredy comenzó a tocar el violonchelo, a menudo tocando en sesiones de música de cámara dos veces por semana.

En 1976 Fredy se sometió a una operación de corazón para sustituir una válvula cardíaca dañada. Después, ayudó a escribir y representar «Who's Zerelli?» [*¿Quién es Zerelli?*] una obra que criticaba los aspectos autoritarios de la institución médica.

Durante 1977-80 estudió la historia mundial. Durante esos años, viajó a Turquía, Egipto, Europa y regiones de los EEUU para visitar lugares históricos con Lorraine. En 1980 comenzó una historia exhaustiva de Detroit y alrededores, *The Strait* [*El estrecho*]. No acabó su obra ya que los primeros y últimos capítulos no se llegaron a escribir. En Julio de 1985 estimaba que le llevaría ocho o diez meses completar y editar el texto.

Tanto Fredy como Lorraine ayudaron en la publicación *Fifth Estate*, con la composición y las correcciones además de colaborando con artículos. Las contribuciones más recientes de Fredy fueron «Anti-Semitism and the Beirut Pogrom» [«El Antisemitismo y el Pogrom de Beirut»] y «The Continuing Appeal of Nationalism» [«El persistente atractivo del Nacionalismo»<sup>2</sup>]. Durante 1982-83, Fredy suspendió su trabajo de *The Strait* para escribir *Against History, Against Leviathan* [*Contra su historia, contra Leviatán*].

En 1983, Fredy se unió a la sección de violonchelo de la Orquesta Dearborn y en Junio de 1985 interpretó cuartetos de Mozart y Schumann en un programa para «Médicos por la Responsabilidad social».

El 26 de Julio de 1985, Fredy se sometió a una operación de corazón en el Hospital Henry Ford para sustituir dos válvulas. Su corazón dañado no fue capaz de reanudar su funcionamiento al final de la operación.

*Artículo publicado en Fifth Estate, vol. 20 # 2, el 7/10/85,  
con motivo de la muerte de Fredy Perlman.*

---

<sup>1</sup> Grupo de teatro libertario norteamericano que llevaba a cabo performances callejeras de denuncia. (N.d.T.)

<sup>2</sup> Editado en castellano por Etcétera ([www.sindominio.net/etcetera](http://www.sindominio.net/etcetera)).



## **BIBLIOTECA SOCIAL HERMANOS QUERO**

«Los productos de la actividad humana que son necesarios para la supervivencia tienen la forma de bienes vendibles: sólo están disponibles a cambio de dinero. Y el dinero sólo está disponible a cambio de mercancías. Si un gran número de personas aceptan la legitimidad de estas convenciones, si aceptan que las mercancías son un requisito para el dinero, y que el dinero es un requisito para la supervivencia, entonces se encuentran encerradas en un círculo vicioso. (...) Intercambian el contenido creativo de sus vidas, su actividad cotidiana práctica, por dinero. (...) El trabajo es simplemente «ganar dinero». La actividad vital que toma la forma de trabajo es un medio para ganar dinero. La vida se convierte en un medio de supervivencia.